

L. 4. c. 21. Nosotros tenemos en los Profetas una larga y menuda relacion de las baxezas y de las debilidades de Christo, en su nacimiento, antes de su nacimiento, durante su vida, y en su muerte, hasta parecer un vil insecto mas bien que un hombre. *Si alguno, dice, se avergonzará de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él en presencia de mi Padre.* Nosotros debiamos ser curados por sus llagas, y salvos por sus oprobios; y así con razon se abatió y se aniquiló por el hombre, su obra, su imagen y su semejanza. El hombre, que no habia tenido vergüenza de adorar la madera y la piedra, no debia tampoco tenerla de reconocer á Christo por estas señas; quando menos debia manifestar el mismo valor por el libertador y reparador del linage humano: era preciso, que con la santa impudencia de la fe, satisficiese á Dios, por la culpable impudencia de la idolatría.

*Fin del Tratado de Tertuliano contra Marción.*

EL OCTAVIO

DE MINUCIO FELIX

ADVERTENCIA

EL OCTAVIO

DE MINUCIO FELIX.



EL OCTAVIO  
DE MINUCIO FELIX.

ADVERTENCIA.

Marco Minucio Felix, célebre Abogado en Roma, segun San Gerónimo, escribió por el tiempo del Emperador Septimio Severo, á principios del tercer siglo de Jesu-Christo, un excelente Diálogo en defensa de la Religion Christiana, del qual hablan con grande elogio San Gerónimo y Lactancio. Hace que dos amigos suyos disputen en este Diálogo, Octavio Genáro, que dió el nombre á la obra, en favor de los Christianos, y en favor de los Paganos Cecilio Natál, cuya conversion fue fruto de esta conferencia. Minucio Felix es elegido por Arbitro.

Se cree que Minucio era casi contemporaneo de Tertuliano, y tambien Africano; y parece que tuvo presentes, y aun se propuso imitar muchos pasages de este Apologista. Posteriormente San Cipriano no tuvo tampo-



co dificultad de tomar muchos pensamientos y expresiones de Minucio , principalmente en su Tratado *de la Vanidad de los Idolos*. En quanto á Cecilio , algunos Sábios han creído que era aquel mismo Cecilio Natál , que convirtió á San Cipriano. Lo que por este Diálogo se comprehende es , que así Minucio y su amigo Octavio , como tambien Cecilio , habian nacido en el seno del Paganismo.

D Ablancourt , que dió al público una Traducción Francesa de este Tratado , aunque poco exâcta , dice en su Prefacio , que *Minucio Felix habló con todas las gracias y delicadeza de la lengua*. Este elogio es sin duda exâgerado. Qualquiera que tenga una ligera noticia de la historia de la decadencia del Imperio Romano , no esperará encontrar baxo el Imperio de Severo *todas las gracias de la lengua* , ni la pureza de gusto , que caracterizan al siglo de César y de Augusto; pero sin embargo me parece , y no creo que me puedan acusar de que me dexo arrebatat del entusiasmo de Traductor , me parece , digo , que se debe mirar este Tratado , como un extraño monumento de elegancia , de dialéctica , y aun de gusto , para el tiempo en que se escribió.

Se encuentran en esta obra algunas amplificaciones , que me ha parecido suprimir , así como tambien algunos trozos , que no dicen conexión con la Religion , y los lugares comunes sobre las extravagancias y desórdenes del Paganismo : tanto mas , quanto estos lugares comunes han sido copiados del Apologético de Tertuliano , que hemos presentado en toda su extension.







cilio, al tiempo de pasar por junto á una estatua de Sérapis, se llevó la mano á la boca, y la besó, segun costumbre de los idólatras. En verdad, hermano mio, me dixo entonces Octavio, que un hombre virtuoso como tú no debe permitir, que esté abismado en tan deplorable ceguedad un amigo, que no se aparta de tu lado; ni debe sufrir tampoco, que invoque unos simulacros de piedra, cubiertos de esencias, y coronados de flores: porque al cabo sobre tí ha de recaer toda la ignominia.

Distraídos en nuestra conversacion, atrevásemos la Ciudad, y llegámos á la playa, donde parecia que el mar habia macizado y allanado, para nuestro paseo, la arena que la cubria. Como el mar, aun en tiempo de calma, no dexa de tener siempre alguna agitacion, aunque por entonces no veíamos ondas turbulentas, es indescible cuánto nos divertíamos en contemplar los varios movimientos de las olas, que ya venian formando mil juegos á romperse á nuestros pies, ya se retiraban precipitadamente. Caminabamos con la mayor tranquilidad por aquella ribera, sin advertir el camino que andabamos, porque Octavio nos distraía con su discreta plática sobre la navegacion. Volvimos luego pasos atrás, y nos detuvimos en un lugar del puerto, donde habia distintas embarcaciones de pequeño buque mantenidas sobre estacas. Tambien disfrutámos del espectáculo de una tropa de muchachos que se es-

taban divirtiendo á un juego que consiste en tirar obliquamente piedrecitas, ó guijarros delgados sobre el agua, de suerte que la piedra rase la superficie, se esconda un poco, como si nadara, y luego impelida vuelva á parecer, para esconderse inmediatamente, y rebotar de nuevo. Queda por fin vencedor en este juego aquel, cuya piedra va á mayor distancia, y da mayor número de botes sobre el agua.

Octavio y yo nos divertíamos con este espectáculo; pero Cecilio muy al contrario estaba algo distante, y al parecer, reflexivo, y disgustado. ¿Qué tienes? le dixé. ¿Qué se ha hecho aquella amable alegría, que se manifestaba siempre en tus ojos, y no te huía el rostro, aun en los asuntos mas serios?

No puedo negar, me respondió, que la reconvenccion que Octavio te ha hecho, me ha tocado en lo vivo; porque tachandote á tí de negligente, me hace á mí pasar plaza de ignorante. Pues esto no ha de quedar asi; sino que antes bien Octavio y yo hemos de tratar á fondo la question. Si te parece bien, yo haré que Octavio, que es de tu misma secta, conozca en breve, que es mucho mas facil disputar como amigos, que conferenciar segun el método de los sábios. Sentémonos, pues, sobre este muelle que hay aquí para resguardo de los baños; y de este modo hablaremos mas á placer.

Sentamonos en efecto, y á mí me pusieron



en medio, no por ceremonia, ni por honrarme tampoco, sino para que como árbitro los pudiera oír mejor, y para que de este modo estuvieran separados los combatientes. Porque por lo demás, sabida cosa es que entre amigos no hay distincion; y que la amistad nos halla, ó por lo menos nos hace á todos iguales.

Cecilio comenzó de esta manera. Hermano mio, me dixo á mí, aunque tú has tomado ya partido acerca del objeto de nuestra disputa, pues nos abandonaste, y te pasaste á los reales del enemigo; debes sin embargo, como Juez íntegro, mantener la balanza tan igual, que se conozca que tu juicio definitivo ha sido dictado por la fuerza de nuestras razones, y nó por tu particular modo de pensar.

Si te desnudas de toda preocupacion, continuó dirigiendo su discurso á Octavio, no me será difícil demostrarte, que en las cosas humanas todo es dudoso, incierto, problemático; y que nosotros podemos á lo sumo arriivar á la verisimilitud, pero de ningun modo á la verdad. Por eso me admira que haya hombres, que cediendo á la fuerza de la desidia y del enojo, abrazen ciegamente la primera opinion, que se les presenta, en vez de armarse de un valor obstinado para investigar la verdad, exâminarla y profundizarla. Pero todavía es mas doloroso y reprehensible, que los ignorantes y los mas zafios artesanos se desconozcan, y pretendan decidir

acerca de la naturaleza del Sér Supremo, quando se sabe, que todas las escuelas de los Filósofos han disputado hasta ahora sobre este asunto, y todavía no se han convenido: porque la flaqueza humana está tan lejos de poder elevarse hasta la Divinidad, que ni siquiera nos es dado conocerla, ni permitido tampoco investigarla: y mas, que sería una impiedad, que profanasemos lo que está en el cielo sobre nuestras cabezas, ó lo que está debaxo de nuestros pies en las entrañas de la tierra. Tengamonos por bastante felices y por bastante sábios, si segun el consejo de aquel antiguo oráculo, llegamos á conocernos á nosotros mismos.

Pero ya que no sepamos contenernos dentro del estrecho círculo, en que giramos; ya que havamos sido arrojados á la tierra, é intentemos locamente volar hasta mas allá de los astros; por lo menos no nos forjemos fantasmas engañosas y temibles. Que los elementos de todos los seres se reuniesen por su propia virtud en el principio, y su concurso fortuito formase el mundo tal, qual le vemos; ¿qué necesidad hay, para que renozcamos á un Dios por Autor, ó por Arquitecto? Que el fuego encendiese los astros; que el cielo se suspendiese por sí mismo; que la tierra se asegurase por su propio peso; que las aguas, por su inclinacion natural, se precipitasen en el mar; ¿para qué esa nueva Religion, ese espantajo, esa



supersticion? Todo hombre, todo animal formado del mixto espontáneo de los elementos, se resuelve en los mismos elementos, quando dexa de vivir: por consiguiente todos los seres, quando se destruyen, se descomponen y vuelven á sus primeros principios. Para esto, ni se necesita obrero, ni juez, ni criador. Los soles, que alumbran al universo, se forman del mixto de la materia ígnea: y de las exhalaciones y vapores de la tierra se forman las nieblas y nublados, que se elevan sobre el ayre; y quando descenden, producen la lluvia, el granizo, y el soplo de los vientos. El choque de las nubes hace que resuene el trueno, que centelleen los relámpagos, y que se encienda el rayo: y estos fuegos tan temidos caen accidentalmente y sin distincion sobre las montañas, sobre los árboles, sobre los lugares sagrados, como sobre los profanos, sobre los hombres religiosos, como sobre los perversos.

¿Y qué diré yo de las tempestades, que todo lo destruyen y trastornan sin distincion y sin exámen? ¿Qué, de los naufragios, en que así los buenos como los malos padecen confusamente? ¿Qué, de los incendios, que abrasan al culpable y al inocente? ¿Qué, de las pestes, que inficionan el ayre, y arrebatan con todos los hombres indistintamente? ¿Qué diré por fin de la calamidad de la guerra, en la qual los mas valerosos son los primeros que peligran? Y aun en tiem-

po de paz, ¿no vemos freqüentemente que el vicio, no solo camina á la par con la virtud, sino que tambien llega á verse incensado y adorado; de manera que se ignora, si se han de detestar los crímenes de los malos, ó se ha de envidiar su felicidad?

Si la Providencia, ó alguna Divinidad rigiera al universo, ni veríamos á un Fálaris ó un Dionisio sobre el trono, ni á un Rutilio ó un Camilo desterrados, ni á un Sócrates condenado á beber la cicuta. Vemos los árboles cargados de frutos, las viñas colmadas de ubas, las espigas en su mejor sazón; y de repente las lluvias lo destruyen todo, ó una horrible tempestad lo asuela. Confesemos, pues, que nada sabemos, ó reconocamos en todo esto los juegos de la fortuna, que domina como soberana absoluta sobre los hombres, y sobre la tierra. Y puesto que la Naturaleza nos es desconocida, sino recurrimos al imperio de la fortuna; ¿qué cosa mejor podremos hacer, que adherir á las tradiciones antiguas, como á los mas seguros garantes de la verdad, y seguir las Religiones establecidas? Y sin que nos hagamos jueces de los Dioses, á quienes debemos temer, porque así nos lo enseñaron aun antes que los conociéramos; creámos á nuestros padres, que miraban de muy cerca el origen del mundo, y merecieron tener por Reyes ó por Preceptores á los mismos Dioses. ¿Y no es cierto que los Romanos debieron el imperio del mundo á su



piedad, aun para con los Dioses extraños? (a)

Supuesto, pues, que todas las Naciones convienen en reconocer á los Dioses, aunque no conozcan su origen y naturaleza; ¿habrá paciencia para tolerar la audacia, y la orgullosa y pretendida sabiduría de aquellos, que intentan debilitar, ó destruir una Religion tan antigua, tan útil y tan saludable?

Habla despues Cecilio del castigo de algunos Ateistas.

¿No es cosa deplorable, continúa Cecilio, que unos hombres de una secta proscrita y desesperada vayan congregando los mas ignorantes, que se encuentran en las heces del pueblo, las mugeres débiles y crédulas, con el fin de formar una conjuracion impia contra nuestros Dioses, y de unirse por medio del crimen, de juntas nocturnas, ayunos solemnes, y banquetes inhumanos? ¡O Nacion tenebrosa! enemiga de la luz, muda en público y parlera en secreto. Desde el seno de la miseria miran esos hombres á nuestros templos, como si fueran mataderos, insultan á nuestros Dioses, se burlan de nuestros sacrificios, se duelen de los honores del sacerdocio, y desprecian la púrpura; al paso que ellos, medio desnudos, y

(a) Omitimos las particularidades, que trae sobre la idolatría, porque son extrañas á nuestro objeto; y porque no

son tampoco otra cosa, que unas frivolas declamaciones, y una ridícula pintura de las fábulas y supersticiones Paganas.

dementes con exceso, provocan los suplicios presentes, porque temen otros futuros é inciertos, y miran la vida con desprecio, por no morir despues de la muerte. De manera que una loca esperanza de la resurreccion los liberta de toda especie de temores.

Como el mal es fecundo, y la corrupcion hace cada dia nuevos progresos, esta faccion impia y malvada se va esparciendo por toda la tierra. No basta ya mirarla con horror, es menester exterminarla enteramente. Ellos se conocen por medio de señales secretas; se aman casi antes de conocerse; llaman Religion á los mas vergonzosos desórdenes; se tratan todos de hermanos y de hermanas, para dar el carácter de incesto á lo que sería un crimen ordinario: porque esa vana é insensata supersticion ilustra y engrandece los vicios mas infames.

Es indubitable, que la fama no pararia la consideracion en todas estas hablillas, si no tuvieran algun fundamento, ni les imputaria á los Christianos todas estas abominaciones, si no fueran verdaderas. Yo oigo decir, que ellos adoran la cabeza del animal mas despreciable de todos, conviene á saber, el asno; culto muy digno de gentes de esta especie. Asegurase tambien, que ofrecen culto á las cosas mas infames; y sus juntas clandestinas y nocturnas los hacen justamente sospechosos. Lo cierto es, que adoran á un hombre, que padeció el último suplicio, y á la



cruz tambien en que murió. Este es propiamente el altar que les conviene, y aquel el Dios que merecen adorar. ¿Y qué diremos de ese niño cubierto de arina, á quien arrebatan y degüellan, y cuya sangre beben? ¿Qué, de ese festin bárbaro, á que asisten los parientes mas inmediatos, y se hallán confusamente las personas de todas edades y sexós? ¿Qué, de aquel perro, que apaga la luz en sus asambleas, y de las abominaciones, que se cometen en ellas? Porque todo esto y mucho mas se sabe. Diremos, pues, que si no son todos efectivamente incestuosos, lo son por lo menos en su conciencia.

Paso muchas cosas en silencio; pero el misterio que ellos aparentan en todas sus prácticas, es una prueba mas que suficiente de la verdad de todos estos rumores, ó por lo menos de la mayor parte. Porque, qualquiera que sea el objeto de su culto, ¿qué motivo tienen para ocultarlo tan misteriosamente? Todo lo que en sí es bueno, apetece la luz del dia; solamente el crimen va siempre en busca de las tinieblas.

¿Y por qué, pregunto, no tienen templos, altares, ni imágenes conocidas? ¿Por qué no hablan abiertamente, y se juntan con libertad? Sin duda porque lo que adoran será digno de castigo, ó vergonzoso. Pero al fin ¿quién es ese Dios? ¿En dónde está? ¿De dónde proviene ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna Nacion libre, ni aun la supersticion Romana ha

conocido? Solamente los Judios, pueblo miserable; hacen profesion de adorar á un solo Dios; pero siquiera lo adoran abiertamente, y tienen templos, altares, victimas y ceremonias: aunque, todo se ha de decir, ese Dios puede tan poco, que ha sido cautivado por los Romanos, juntamente con su pueblo.

Por lo que respecta á los Christianos, son particulares las quimeras que nos refieren. Nos cuentan que su Dios, á quien ni ellos pueden ver, ni menos manifestarlo á los demás, se informa escrupulosamente de las costumbres, de las acciones, de las palabras, y hasta de los mas escondidos pensamientos de todos los hombres; y que anda y está presente en todas partes. Lo pintan tambien enfadoso, inquieto, y curioso hasta el extremo de impudente, puesto que es testigo de quanto se hace en todos los lugares. Pero si está ocupado en el gobierno del universo entero, ¿cómo puede abarcar todas las particularidades? Y si está dividido entre todas las particularidades, ¿cómo puede velar sobre el todo del universo?

Ni aquí para; sino que ese Dios amenaza á la tierra y á los cielos con un incendio universal; como si pudiera ser destruido el orden eterno establecido por las divinas leyes de la naturaleza, turbada la armonía de los elementos, ni disuelta la máquina del universo.

A esta necia opinion añaden tambien otros cuentos de viejas; porque aseguran, que resucita-